

HISTORIA DEL GRUPO - V

Marcel Légaut
(Lioux, Vaucluse, julio 1962)

6. A PARTIR DE 1940

1. Evidentemente, la fecha de 1940 se caracteriza por la Guerra y también, dentro de la historia que os estoy contando, por un cambio brutal de mi existencia. Todo lo que os he dicho hasta ahora tiene que haceros comprender un poco las razones profundas que, poco a poco, se fueron instalando en mi corazón para prepararme para este acontecimiento. Podéis ver, incluso en las cartas a Racine de 1936-37 (hay otras que desgraciadamente no he encontrado), que, en cierta manera, yo diría que aquel cambio ya había empezado antes. Evidentemente, no era cuestión de un retorno a la tierra pero sí que era cuestión, y esto es un punto importante, de que el grupo ya no era para mí lo esencial, aquello a lo que había entregado todo mi corazón, mis energías, toda mi vida, aquello que yo había convertido en mi ídolo, tal como yo mismo decía a menudo entonces.

Tenía necesidad de romper con el grupo, de derribar el ídolo en cierto modo. No para separarme del grupo sino para estar en él de una forma distinta a la de antes. Son estas grandes tentaciones sutiles las que hacen que se confunda la dedicación y la posesión. Yo tenía, pues, necesidad de aquel cambio.

Pues bien, cambio brutal. En septiembre 1940, cuando me desmovilizaron, había vivido la guerra como oficial, había reflexionado mucho, había tomado contacto con la guerra y

también, por mi nuevo oficio (por mi oficio de oficial, pues era capitán), con la realidad de los hombres. Lo explico un poco en el primer capítulo de *Trabajo de la fe* pero, evidentemente, no puse todo en el libro. ¿Tendría quizá que haberlo hecho?

En fin, una de las experiencias, una de las tomas de conciencia que me marcaron entonces fue conocer el caos extraordinario en el que estaba el ejército francés antes de que lo derrotaran; un caos extravagante, una perfecta impotencia e indignidad de todo el estamento de los oficiales, incapaces de desempeñar un papel real. Entonces pertenecía al Ejército del aire y era oficial de estado mayor. Cada individuo en sí no estaba mal pero el conjunto era... una mezcla divertida y patética. Mi impresión era que las causas profundas de nuestra derrota estaban más en el plano de lo humano que en lo militar. Esto cuestionaba todo lo que había desarrollado, por ejemplo, en *La Comunidad humana*, bajo la ilusión optimista, sistemáticamente optimista, de Teilhard de Chardin. ¡Cuántas veces reflexioné sobre esto! Recuerdo que, como oficial del estado mayor, compartía una mesa brillante y ruidosa pero, en cuanto terminaba el almuerzo, me marchaba enseñuida porque todo aquello me cansaba y porque me sentía bastante ajeno al ambiente reinante. Estábamos en un *château*. Como es natural, estaba también la iglesia y, por encima de ella, estaba el cementerio. ¡Cuántas veces medité en aquel cementerio lleno de lápidas de todo tipo de gente!... Allí encontraba una paz, una solidez y una estabilidad de la que sentía que era incapaz la gente que mandaba el ejército y que estaba abajo, en el comedor. Esto no lo puse en mi libro.

Una segunda razón [de romper con el grupo], sobre la que también reflexioné mucho en aquella época, fue el corte entre generaciones. Había asistido al corte generacional de la guerra del 14-18. Fue tajante: antes del 14 y después del 18. Ninguna comunicación. Entonces me tocó estar en el lado bueno, en el lado del futuro, porque los que estaban en el otro

lado se quedaron en él. La guerra del 40 había producido necesariamente una ruptura parecida y aún diría que mayor y más profunda. Si la noción de patria todavía tenía cierta realidad en la guerra del 14-18, una verdadera realidad, los problemas de conciencia que surgieron entre las historias Pétain – De Gaulle minaron de tal manera, por dentro, el sentimiento patriótico que la ruptura entre generaciones, de antes y de después de la guerra del 40, fue aún más considerable de lo que me imaginaba, aunque la ruptura, ya la consideré como decisiva cuando la guerra 14-18.

Así pues, corte generacional. Me dije: «— Se acabó. Quizá todavía puedas tener contacto con los antiguos pero nunca lo tendrás con los jóvenes». Y por otro lado ya veis el dilema que tenía con todo lo que os he contado. Si quería salir adelante, tenía que cambiar de vida. En cierta manera tenía que haber un corte radical, a un cierto nivel, entre lo que había vivido y lo que tenía que vivir. Y fue en aquel momento cuando decidí hacer un retorno a la tierra; no un retorno como el que hice un poco después sino que quería volver a coger las riendas de la iniciativa en vez de ir, por decirlo así, un poco a remolque del grupo. Tener una granja, seguir como profesor y, en la medida de lo posible, unir un trabajo intelectual y uno manual. Esto, por un lado, creí que sería, para mí, un remedio para reformarme en lo que, a mi modo de ver, nuestras estructuras tenían de extremadamente mediocres. Y, por otro lado, en un plano más general, creí que podría ser una posibilidad de una verdadera educación para los jóvenes que así, en vez de ser simplemente estudiantes en el terreno de lo abstracto, tomarían contacto con la vida para no sentirse desbordados por ella cuando se introdujeran realmente en ella.

Todo esto me llevó a la decisión de casarme con Marguerite Rossignol, a quien encontré en un pequeño pueblo del Sur cuando yo estaba terminando gloriosamente mi carrera militar en Palavas-les-Flots. Decidimos casarnos,

coger una granja y llevar una vida doble, de profesor de facultad... etc. Ya conocéis las historias que siguen, pero las vuelvo a contar en dos palabras.

En cuanto pude, conseguí que me destinaran a una plaza en Lyon. Esto fue después de haber ido a visitar a la dirección de la Enseñanza Superior y al ministro mismo en unas condiciones favorables porque, entonces, yo tenía amigos en el departamento pues Lavelle era el representante del ministerio y Mlle de Courbetin, su secretaria. Estaba realmente en terreno amigo. De tal manera que Rosset, que era el director de la Enseñanza Superior, después de bromear un poco, me preguntó si tenía ingresos suficientes como para hacer un retorno a la tierra de tipo y yo le dije que no. Entonces no tenía ni un céntimo porque había gastado todo lo que tenía. Pues bien, él accedió al deseo del ministro y me autorizó una baja temporal con medio sueldo para que, durante un año, hiciera un aprendizaje como obrero agrícola. Recibí del ministerio una carta, que tengo aquí, en la que podéis ver que, durante un año, me propusieron un medio sueldo como obrero agrícola. Más tarde, como la mujer de Dubreuil era profesora en Lyon y Dubreuil estaba en Nancy (es decir, separados por la línea de demarcación), fui a ver a Dubreuil y conseguimos hacer un intercambio: reemplacé a Mme. Dubreuil en Lyon y Mme. Dubreuil me reemplazó a mí en Rennes, donde yo tenía mi plaza de profesor. Así fue como pude llegar a Lyon, a la Zona libre. Entonces escribí a todos los notarios, abogados y hombres de negocios en un área de 200 km alrededor de Lyon, para buscar una propiedad en zona montañosa. No eran los mejores tiempos para comprar pero tampoco para vender. Sólo surgió una propiedad: Les Granges-de-Lesches, a causa de una herencia en la que entraba una menor. Precio: 20.000 francos. La fuimos a ver con Marguerite Miolane y con mi mujer, por supuesto, el 1º de noviembre 1940. Hacía muy buen tiempo, un cielo magnífico, como aquí, admirable. Era lo que buscábamos y decidimos comprarla. El 14 de

noviembre bajé a Luc-en-Diois y compré la propiedad, en la que me instalé unos días después cuando ya era imposible una sobrepuja. Y éste es el origen de lo que vino después.

2. Una vez relatado todo lo anterior rápidamente, voy a entrar ahora un poco más en el detalle. Yo veía que había logrado dos objetivos con esta realización: Primer objetivo: un volver a empezar radical para mi existencia, que heredaba del pasado pero sin ser su esclavo, cosa que hubiera ocurrido, sin duda, si no hubiera tomado una decisión de este tipo.

Segundo objetivo: yo veía la posibilidad, por otra parte bastante utópica, de llevar a cabo en Les Granges lo que habíamos querido hacer en el *château*: tener unas casas, recibir familias, etc. Segundo aspecto muy utópico pues. Pero, en cuanto uno empieza así, con proyectos de este orden (y sobre todo a la vista de mi total impreparación en este terreno), pues bueno, tal como veo yo ahora la cosa es que, en aquel momento, me faltaba realmente mucho por descubrir y para tocar de pies en el suelo. El resultado fue que vino el fracaso. Un fracaso al inicio que no hizo sino aumentar la disminución del grupo. Si queréis, analicemos rápidamente las razones de este fracaso.

Evidentemente, una primera razón, que también hubiéramos encontrado si hubiéramos adoptado otra solución, fue que el grupo había estado disperso durante cinco años. Otra razón, que ya existía antes pero que no hacía más que aumentar, era que las familias cada vez se cargaban con más niños y, además, las más antiguas no sólo tenían la carga de los niños sino que — como suele suceder— tenían a su cargo a sus padres. Había familias que además de sus hijos tenían a sus padres, y esta carga iba en el sentido del declive que ya conocíamos, y lo acentuaba.

En tercer lugar, yo volvía a retomarlo todo desde la base, es decir, en cierta manera hacía tabla rasa de la evolución

natural que el grupo había vivido en los años precedentes y reemprendía la marcha en una dirección nueva que evidentemente tenía unas exigencias absolutamente diferentes a las aspiraciones que los camaradas podían albergar. Dicho de otro modo, en aquel momento yo concebía el grupo como una comunidad donde lo manual intervenía realmente en la vida comunitaria (un trabajo manual serio y, por consiguiente, pesado, porque no hay nada manual serio que no sea pesado, que no incluya cansancio, porque no hay trabajo manual verdadero sin fatiga).

Durante los primeros años de la guerra, cuando sólo estaban unos pocos camaradas y el ambiente general seguía un poco esta línea, pude realizar una comunidad de trabajo real con algunos estudiantes y con algunos (muy pocos) camaradas del grupo. Pero muy pronto esta orientación, contraria a la evolución espontánea del grupo antes de la guerra, resultó imposible, por lo que, en la medida y durante el tiempo en que me mantuve firme en esta línea, esto fue ocasión de una mayor disminución del grupo.

Y a esto hay que añadir, indudablemente, las extremas dificultades debidas a la ubicación de Les Granges y a su estado material. Si hubiéramos estado en un *château*, hubiera sido mucho más fácil tener camaradas. Recuerdo que un día alguien exclamó: « — Nunca hubiera imaginado que usted viviera en una granja como ésta». Y, ¡Dios mío!, lo cierto es que, cuando aquella persona nos dijo aquello, ya se habían hecho muchas mejoras.

Otra causa: mi matrimonio. Sin lugar a duda, mi matrimonio lo llevaron muy mal un cierto número de familias, no tanto los hombres cuanto muchas mujeres. Además, por último, y evidentemente era algo muy real, yo tenía mucha carga material y ya no podía participar en el grupo como antes, es decir, totalmente. Tenía mi tarea, que era muy pesada al menos por una buena razón: que yo no era campesino de

nacimiento. Y además estaba mi tarea familiar, que también me reclamaba. De manera que, por ejemplo, era imposible que yo viviera con vosotros como antes. Entonces, como yo sólo estaba como uno más que sólo está de paso, evidentemente –¡qué queréis que os diga!–, en la medida en que antes mi presencia había sido indispensable para la existencia del grupo, se creó una situación en falso.

Y en fin, el principal beneficiario del cambio no fue el grupo pues, en definitiva, fue él el que pagó los platos rotos y no yo. Si no hubiera dado todos estos pasos, hubiera seguido siendo un profesor de facultad un tanto diferente. Las historias que pudieron conocer otros camaradas que conservaron la línea de antes, de forma suficientemente vigorosa como para singularizarse, pienso, por ejemplo, en alguien como Rosset o Chapelle o Fumadelle, todos estos jóvenes que siguieron la vía que yo había tomado antes y que ellos mantuvieron durante más tiempo que yo porque permanecieron célibes, en cierta medida, se vieron desterrados. Aún pueden asistir a las Jornadas Universitarias pero, en cierto modo, son los viejos y es como si ya no existieran en el grupo.

El movimiento universitario no sólo les ha desbordado sino que prácticamente los ha rechazado. Además, os lo voy a decir muy sencillamente, no creo que su perseverancia en la vía que antaño habían escogido manifieste más una vitalidad y no, más bien, un cierta cristalización. En la vida, indudablemente, la unidad de la existencia exige a veces cambios y por eso hay inmovilidades que no son la manifestación de una verdadera vitalidad.

3. Entonces, el resultado fue que el grupo se redujo considerablemente. Me atrevo a decir que, si el grupo no se hubiera reducido, lo hubiéramos pasado mal para acoger, en les Granges, a todos los camaradas que acudían a Chadefaud o a Scourdois. La acción exterior del grupo desapareció pues-

to que, en definitiva, yo mismo también desaparecí de la Universidad. Sólo quedó lo que creo que era lo mejor del grupo: un espíritu de búsqueda y una aspiración a vivir una vida espiritual, que fue justo lo que había habido en el punto de partida aunque luego esto se viera tan amortiguado como enriquecido por los ahondamientos que conocimos en nuestra existencia. Este espíritu no dejaba de ser de lo más original porque las generaciones de los jóvenes de después y el hecho de que éstas estuvieran mucho menos interesadas en las cosas religiosas, todo ello hizo que destacara más el hecho de que nosotros todavía nos sentíamos profundamente unidos a dicho espíritu mientras ellos, en definitiva, estaban seriamente alejados de dicho espíritu. Así, la originalidad del grupo, pese a la pérdida de substancia absolutamente evidente, no resultó menos visible. No retengo las fechas. Por eso creo que testimonios complementarios a este mío no serían simples adiciones ficticias sino aportaciones necesarias para precisar mejor estas cosas.

No obstante, el grupo volvió a ponerse en marcha. Quizá fue hacia el 47-48, no lo recuerdo bien, pero fue dos o tres años después de la guerra y fue gracias a la intervención de Jean Haumesser. Haumesser y Lina jugaron un papel fundamental; no digo en el renacimiento del grupo porque, al fin y al cabo, el grupo no había muerto, pero sí en una nueva reactivación de la vitalidad como grupo al venir a Les Granges y reagrupar a su alrededor, tanto en París como en Les Granges, a los camaradas que desearon volver. Desde este punto de vista, Haumesser jugó un papel capital que yo no podía jugar. Después de que Haumesser cogiera las riendas de la situación, en colaboración conmigo pero en unas condiciones de perfecta independencia y de gran fraternidad (pues somos muy esencialmente complementarios en el fondo), el grupo retomó las sesiones de vida comunitaria en Les Granges. Vinieron otros, los antiguos sobre todo, las familias, y, poco a poco, llegamos a lo que vivimos ahora.

4. Para terminar esta sección, para concluirla, os voy a decir unas palabras sobre la evolución de la comunidad de Les Granges desde 1940. Muy rápidamente...

Sin duda tuve que soltar mucho lastre. La vida material pesada, fatigosa, real en definitiva, era demasiado para unos universitarios que estaban de vacaciones. Tuve que soltar mucho lastre, hasta al punto de que, en definitiva, actualmente la vida comunitaria en Les Granges es una vida comunitaria de vacaciones. Que incluye, según cada caso, un «voluntariado-voluntario» y a veces un «voluntariado-involuntario» en los trabajos materiales, bien por parte de las mujeres (cosa que es relativamente fácil porque ellas están acostumbradas a pelar las verduras) bien por parte de los hombres, cosa que es algo más difícil porque ellos tienen menos costumbre de manejar un pico y una pala.

Así pues, un retorno a unas actividades vacacionales, sin duda, pero, además, con unas actividades intelectuales y religiosas indudablemente sin proporción alguna con las que habíamos conocido en los inicios del grupo, pero que, sin embargo, tenían mucho valor porque precisamente habíamos vivido unos y otros juntos, durante el día a día. La profundización humana que hemos podido conocer confiere, a nuestras búsquedas religiosas, un valor que pienso que nuestros topos de antaño quizá no alcanzaban tanto. Antes hablábamos mucho pero no podíamos hacer mucho más. Por otra parte, era justo lo que teníamos que hacer: hay que empezar por hablar mucho. Pero creo que, sin querer subestimar ahora la experiencia de la vida de antes..., creo que haber vivido es algo, tiene su importancia, es irremplazable, y no lo sustituyen ni los libros, aun cuando se lean con inteligencia. Haber vivido es indispensable para hablar de cosas religiosas de una forma profunda y renovada. De forma que tenemos menos topos pero, según pienso, los topos que hacemos tienen un valor.

Todavía hay dos elementos más que son favorables. Cuando se empieza a envejecer se encuentra gusto en recordar, se recuerda la juventud; ésta se recuerda más fácilmente a los 50 que a los 35. A los 35, uno está centrado en vivir su vida, no está para pensar. A los 50-60 es cuando se piensa en la propia juventud. Tenemos muchos recuerdos en común y recuerdos especialmente valiosos. Esto es importante. Yo diría que es un elemento de base. Antes, muchas veces fui... cuando yo empezaba a refunfuñar y cuando les decía: « — No somos una comunidad de gente, no somos una comunidad sentimental sino que somos una comunidad de fe», entonces iba en contra de estas cosas. Claro que la perfección sería mejor que lo que hacemos pero, en fin, cuando nos volvemos a encontrar juntos, incluso después de años de separación, hay algo que enseguida nos hace sentir que es como si nunca nos hubiéramos separado. ¡Esto es algo!

Por otro lado, vivir cuando se tienen 30-35 años es relativamente fácil; se vive como viven los dioses, que viven sin saber que lo hacen, como dice Valéry. Envejecer: eso es lo que es difícil. Envejecer bien es más difícil que simplemente envejecer. Estoy convencido: envejecer bien es tan difícil como elegir bien la propia vida al comienzo. Uno de los elementos de la vida espiritual al comienzo era que todos nos sentíamos llamados. Buscábamos nuestro camino. Todas nuestras meditaciones giraban alrededor de la llamada, de la vocación. Pues bien, como ahora todos somos viejos, tengo la impresión de que, poco a poco, todos buscamos la forma de envejecer bien. Y esto seguramente será una de las razones por las que nos encontramos en un plano cuya profundidad prácticamente casi no se puede comparar con la profundidad del comienzo.

Así pues, el hecho de que tengamos muchos recuerdos juntos, de que hayamos logrado terminar bien, porque, en definitiva, todos hemos recorrido más de la mitad de nues-

tra vida (dentro de diez, de veinte años, no vivirán muchos de los que me escuchan ahora)... Éstos son los elementos que son extremadamente favorables para un retomar la existencia en lo profundo.

Y después, en fin, una última cosa que decir es que yo mismo también envejezco. Pero también es verdad que, a medida que envejezco, mis hijos van llegando, ya son mayores y estoy más disponible. Además, mis uñas están un poco más gastadas, mis dientes un poco cascados y yo soy menos duro, menos exigente. Mi trabajo material es menos cansado porque mis hijos me reemplazan y también porque actualmente siento que mi camino no consiste tanto en tener una granja próspera como en que la granja aguante lo suficiente como para que mis hijos puedan poner el pie en el estribo y empezar en unas condiciones mejores que las que yo tuve al comienzo. La primera generación de un retorno a la tierra es una generación sacrificada, la segunda ya no. De modo que estoy más disponible y en la práctica veis (sin hacer ni un planteamiento ni una teoría) que, desde hace un año o dos (al menos en los períodos iniciales del verano, cuando aún no me canso demasiado y en particular cuando está Erhard, que tira con fuerza del carro), os hablo casi todos los días, cosa que no hacía hasta hace unos años. Y, ¡Dios mío!, esto va lejos. Pero estos carismas son carismas sociales, es decir, en grupo, pues yo sería incapaz de hablar así si lo hiciera solo, ante un espejo. El día que hablo delante de vosotros, que estáis ahí y que yo os siento estar, pues bien, entonces la cosa sale bien. Aparte de que no me acuerdo de nada de lo que os he dicho, y aparte de que, en cierto sentido, cuando os vayáis, volveré a caer en el negro o más bien en el gris. Pero sin duda, cuando estáis aquí, me hacéis inteligente.

7. CONCLUSIÓN Y FILOSOFÍA DE ESTA HISTORIA

1. He terminado mi pequeño informe, el que quería hacer sobre la vida del grupo. Pero, para terminar, querría deciros una cosa más, querría sacar una filosofía de esta historia.

Es una historia pequeña pero no creo que sea tan pequeña si se contempla, no en un plano general (pues entonces es una gota de agua en algo que es más que un océano) sino en su sustancia. ¿Por qué un grupo como el nuestro pudo nacer y ha podido, además, perseverar a pesar de todos los avatares, todas las dificultades y todas las medio-decadencias que se han dado a lo largo de su existencia? Primero, ¿por qué pudo nacer un grupo así?

Pues bien, pudo nacer porque, en un tiempo en el que ninguna Acción Católica se había organizado aún, algunos jóvenes laicos se encontraron con un sacerdote que les abrió el camino de la libertad, de la libertad espiritual: M. Portal. En vez de decirnos: « — Mirad, cuando meditéis el Evangelio, sobre todo, hacedlo con un sacerdote», nos dijo: « — Meditad el Evangelio (cosa de la que no teníamos ningunas ganas); no hay ninguna necesidad de que yo esté con vosotros; si decís tonterías, no tiene mayor importancia; ellas mismas se corregirán por sí solas; se puede ir adelante cuando se es fiel, incluso si uno queda tirado en el suelo; por haber sido fiel, uno se levanta». No nos lo decía con estas palabras pero éste era su espíritu. Por consiguiente, nos liberó. La presencia espiritual de un anciano nos liberó.

Tuvimos además la suerte (una suerte que no merecíamos) de vivir en una época de un verdadero renacimiento religioso. Es indudable que, después de la Guerra del 14-18, hubo un renacimiento religioso muy particular, totalmente excepcional, como nunca lo he visto después. Después de la Guerra del 40, no hubo un renacimiento religioso parecido. Tal vez se organizó mejor la acción religiosa pero yo diría

que, en la medida en la que la acción religiosa se organiza, cada vez es menos religiosa y más fatalmente política o social. De forma que, en ciertos aspectos, hubo un progreso pero fue un progreso que se saldó con un gran déficit desde el punto de vista propiamente espiritual. Por tanto, tuvimos la suerte, en 1919-20, de vivir en medio de una generación en la que hubo un verdadero renacimiento religioso.

Otra cosa: tuvimos la suerte de ser todos jóvenes. La ruptura que hubo con los viejos, entre los de antes de la guerra y los de después, fue total. Ningún veterano vino para, por decirlo así, aportarnos una sabiduría con algo de peso. Estábamos entre jóvenes y creo poder decir que las dificultades que encuentran actualmente los jóvenes de nuestro grupo se deben a que están entre ancianos. Fijaos, hay muchas ventajas en que ellos se encuentren con ancianos porque, a fin de cuentas, nosotros también encontramos algún anciano. Al comienzo, fue M. Portal. Creo que, en gran medida, si fuesen capaces de comprenderlo, una comunidad de ancianos como nosotros (que ha heredado mucho de M. Portal pese a todas las deficiencias) podría estar a su lado como M. Portal estuvo al lado de cada uno de nosotros, al lado de algunos de nosotros.

Estábamos, pues, entre jóvenes. Los jóvenes de ahora, sin duda, no pueden imaginarse el ambiente que teníamos al principio, por ejemplo, en Chadefaud. Y esto no sólo es el recuerdo enternecido, por parte de un viejo, de su propia juventud. ¿No es cierto?

Otra cosa que también favoreció a nuestro grupo (y que en el fondo es consecuencia del renacimiento religioso que decíamos) es que no fue nada ideológico. Éramos esencialmente espirituales, esencialmente creyentes, no éramos nada teóricos. Desde un principio excluimos totalmente toda perspectiva ideológica, de tipo social o político. Lo que nos interesaba era Jesucristo, la vida espiritual. No era, en absoluto, la reforma de las estructuras en el plano social o político. Fue el

punto esencial que nos transmitió M. Portal, el que he mantenido toda mi vida y que se trastornó con la introducción de las nuevas generaciones de Normaliens, lo cual ha hecho que el grupo de Normaliens actual sea, ciertamente religioso, ya que existe, pero la verdad es que, aunque en la actualidad no los conozco, me parecen realmente incapaces de proporcionar cabezas religiosas como las que pudo aportar el grupo Tala, de los años 1920 a 1926-27 en particular, al movimiento universitario. Cuando hombres como Pons desaparecen, todavía se pueden encontrar otros, más o menos de la misma generación, como Dumaine, Borne o Marrou. Son, en definitiva, grandes cristianos que, de muchas maneras, han reformado el aspecto de juventud que tenían antes y ahora son, en cierto sentido, enteramente capaces de mantener el movimiento universitario. Pero cuando todos estos desaparezcan, ya veréis la caída en picado. Ya no hay como ellos.

2. Otros factores que explican por dentro lo segundo que nos preguntábamos, es decir, la especie de perseverancia que está en el ser del grupo pese a todas sus deficiencias, se debe a que un elemento importante, a partir de un momento dado de nuestra vida espiritual, fue el ahondamiento en lo humano. Un grupo de jóvenes varones que hubieran permanecido célibes hasta el final de sus días no hubiera conocido este ahondamiento humano que se ha ido manifestando a partir de un determinado momento. Y en un grupo de mujeres célibes hubiera pasado tres cuartos de lo mismo. Es menos evidente en un grupo de familias, aunque sigue siendo bastante cierto. En nuestro caso, vivimos un ahondamiento humano que en gran medida se debió a que nuestra vida espiritual fue una levadura lo suficientemente fuerte al comienzo como para absorber toda aquella pasta. En cuanto se intervino de alguna manera en aquella pasta, ésta se volvió más pesada. Hizo falta un tiempo para digerirla y, durante un tiempo, al principio, se pudo creer que se tornaba infiel a su principio. Pero la verdad es que el comienzo

tenía el fervor necesario para poder, precisamente, levantar toda la pasta, integrarla en lo espiritual y hacerla alcanzar una plenitud que nunca hubiéramos podido alcanzar de otra forma desde el punto de vista espiritual. Así pues, tal como yo lo veo: un ahondamiento humano en el que precisamente lecturas del pasado como las que hemos hecho cobran toda su eficacia.

Todo esto nuestro, como veis, está en absoluta contradicción con las ideas que uno puede hacerse de la Acción católica. La Acción católica es una obra esencialmente especializada, que agrupa según la edad, el sexo y la condición social: grupos hasta los 30 años, de 30 a 35, chicas jóvenes hasta los 28, después de 28, grupos de chicos, de chicas, de trabajadores, de universitarios, etc. Dicho de otra manera: grupos donde se facilita la actividad gracias a algunas semejanzas pero que, por eso mismo, son grupos incapaces de tener una vitalidad espiritual suficiente como para asumir interiormente toda la variedad de la materia humana.

Por tanto, esto nuestro es completamente contrario a los principios de la Acción católica e incluso de los grupos de antes; la juventud estudiantil de antes, la que se fundó anteriormente, era esencialmente un grupo de jóvenes. Esto facilita la iniciación en cierta forma desde el punto de vista numérico pero, cuando la gente empieza a envejecer, entonces ya no sabrán qué hacer. Entonces harán algo social o político, que es mucho más fácil que empezar una acción propiamente religiosa. Nosotros pudimos conservar nuestra vitalidad espiritual y religiosa, pese a todos los avatares que conocimos, justo porque el punto de partida fue la fuerza de la levadura que permitió levantar, poco a poco, la masa que nos iba llegando; y esto a pesar de que, en ciertos momentos, la pasta pareció ser tan pesada que aplastaba a la levadura hasta hacerla desaparecer.

3. Así pues, podéis ver que lo más importante, a mi modo de ver, es la filosofía de esta historia: un grupo, para ser verdaderamente eficaz, tiene que ser un grupo vertical. De todas

las edades. No se puede empezar por todas las edades a la vez. Pero inevitablemente, cuando se empieza de joven y se continúa, entonces se envejece y llegan después los jóvenes. Y lo más importante, lo que tiene más importancia es que el grupo siempre siga siendo un grupo espiritual que ayude a vivir a los ancianos, que así haga posible algunos servicios y que los jóvenes reciban así unas luces que no podrían encontrar solos, es decir, si hubieran sido sólo un grupo de jóvenes. La gracia de un grupo vertical es que los jóvenes, si no se niegan a ello, reciben de los ancianos los elementos espirituales que no podrían recibir ni de su propia familia. Pero, evidentemente, a condición de que los ancianos estén en el grupo no para catequizar a los jóvenes sino por ellos mismos.

Uno de los grandes errores de las jornadas universitarias es que los veteranos asisten a ellas o por disciplina o porque piensan: «— Hay que ir allí porque es donde están los jóvenes». Así pues: un grupo vertical cuya espiritualidad esté esencialmente injertada en el hecho de que hay gente de todas las edades.

Y, para concluir, una cosa que me parece extremadamente importante: rechazar ser sostenido, es decir, rechazo absoluto a ser organizado desde fuera. Un grupo como éste es un grupo viviente porque extrae su savia del interior. Si un día nos transformáramos en una «tercera orden» o en algo parecido, conservaríamos la forma exterior pero dicha forma no protegería lo interior e incluso se podría decir que, en cierta manera, esa forma envenenaría el interior. No nos hacen falta estructuras, de forma que, en definitiva, la muerte será un estado natural que acabará con la vida. Un día desapareceremos. No estoy nada seguro de que el grupo continúe. Pero esto no tiene importancia porque, si lo que os digo es exacto, de una forma u otra, otros jóvenes, en la medida en que se desprendan suficientemente de una Acción católica que poco a poco irá a la baja, vivirán una historia parecida a la nuestra gracias a algunos ancianos con los que ellos a su vez se encuentren.